CAMBIO SOCIAL EN ESPAÑA

LOS años transcurridos desde el inicio de la democracia han supuesto una serie de cambios, no sólo en la fisonomía del Estado, sino en todos los aspectos de la vida social. Esta mutación de la vida española precedió a la transición política y no ha concluido todavía. Ello hace que muchos estereotipos tradicionales hayan quedado sin auténtica vigencia, como meros tópicos sin otro fundamento que la inercia mental.

Con el fin de revisar algunos de estos nuevos perfiles de la sociedad española, contribuyendo a situar las distintas facetas del cambio social en una perspectiva de conjunto, hemos pedido a un grupo de sociólogos y estudiosos que nos facilitaran una instantánea de la situación en sus aspectos fundamentales.

Amando de Miguel se refiere a los cambios habidos en la vida cotidiana. **Salustiano del Campo** muestra las novedades que están afectando a las familias españolas. ***Javier Rupérez*** *realiza una* descripción de la manera como los españoles perciben la realidad exterior y su inserción en el marco internacional. **José Ignacio Wert** estudia los cambios políticos a la luz de los últimos resultados electorales. **Cristóbal Montoro** expone las transformaciones que han afectado a la economía española en su conjunto. **Luis Marañón** nos ofrece, por su parte, una descripción literaria de los hábitos de ocio de los españoles.

Quedan otros aspectos que serán objeto de análisis posteriores: aquí tenemos, sin embargo, un boceto plural y realista de quiénes somos los españoles de la última década de este siglo.

En relación con la familia española, los cambios habidos tienen que ver tanto con los comportamientos como con la legislación. Los de conducta continúan la evolución observada desde los años cincuenta, pero la política familiar ha roto los esquemas vigentes durante el franquismo. En conjunto, resulta claro que nuestra familia se aproxima cada día más a la que caracteriza a Europa, aunque ello no justifica que se infravaloren sus particularidades. En la nueva normativa, por su lado, se aprecia un cierto prurito de «progresismo», más visceral que informado y reflexivo, que no pocas veces conduce a rectificaciones que, no sin apuros, intentan esconder los costes del fracaso.

NOVEDADES EN LA FAMILIA ESPAÑOLA

Por Salustiano del Campo

LOS cambios sociales operados en el seno de la familia española abarcan muchos aspectos: la demografía, las actitudes y comportamientos, los status, las relaciones entre los miembros y otros, que, como la aceptación del trabajo de la mujer, la disolución voluntaria del matrimonio y la fecundidad de las no casadas, han dado origen a diversos modelos de convivencia: las familias monoparentales, las parejas que cohabitan sin casarse, los hogares unipersonales y otros. Todos ellos, sin embargo, pueden considerarse como derivaciones de la familia nuclear, que sigue siendo absolutamente predominante en España.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la nuestra ha pasado a ser una sociedad urbana moderna, industrial y tecnológica, por lo que han tendido a desaparecer algunas formas familiares ligadas a la anterior estructura social, como la familia extensa. Por esa causa y por el descenso de la natalidad, que tanto se ha acentuado en años recientes, el tamaño de la familia ha venido disminuyendo desde 1940, cuando contaba con 4,2 miembros, hasta 1981, en que tenía 3,5. Y esto sucede en todo el territorio nacional, por haberse generalizado la tendencia indicada a partir de los años setenta, hasta el punto de que de los hogares existentes en 1981 el 71,2% contaban con un núcleo familiar de 3,6 personas y el 10,2% pertenecían a personas que vivían solitarias.

LOS cambios sociales operados en el seno de la familia española abarcan muchos aspectos: la demografía, las actitudes y comportamientos, los status, las relaciones entre los miembros y otros que, como la aceptación del trabajo de la mujer, la disolución voluntaria del matrimonio y la fecundidad de las no casadas, han dado origen a diversos modelos de convivencia

Descenso de la natalidad

La caída reciente de la natalidad española no debe hacernos olvidar que el descenso se ha extendido a lo largo del presente siglo, de modo que las familias de los años sesenta eran ya más reducidas que las de las generaciones anteriores. La tasa bruta de natalidad, que en la década 1901-1910 osciló en torno al 34,5%, fue en 1961-1965 del 21,3 y descendió hsta 10,8 en 1987. Esto ha repercutido tanto en el número de hijos por mujer, que ha pasado de ser 4,7 en 1900 a ser 2,5 en 1970-1975 y 1,4 en 1987, como sobre el ciclo de la vida familiar, que también ha experimentado modificaciones importantes. Así, el tiempo dedicado a la fecundidad matrimonial se ha acortado desde 1900 en un 46%, ya que se tienen menos hijos y en menos años.

Como consecuencia, por otra parte, del alargamiento de la vida media, que es sin duda uno de los grandes logros sociales de nuestro siglo, ha aparecido en España como antes lo hiciera en los demás países avanzados, la etapa del nido vacío, que sigue a la emancipación de los hijos y que se prolonga y da lugar a problemas nuevos de convivencia y ruptura. En conjunto, el matrimonio dura actualmente bastante más que hace noventa años, y tanto la complejidad de las etapas que atraviesa como la cantidad y dificultad de los problemas a los que ha de hacer frente exponen a muchos más riesgos y someten su supervivencia a pruebas muy duras.

Noviazgo y matrimonio

También ha cambiado cualitativamente el camino que conduce a la formación de una nueva familia. Al ritual formalista y casto de los antiguos noviazgos le ha sucedido un comportamiento espontáneo y más liberado. Las relaciones sexuales prematrimoniales tienden ahora a ser aceptadas por los jóvenes (alrededor del 65%), principalmente cuando están enamorados o comprometidos para casarse, en claro contraste con lo que piensan las personas de 60 y más años, que raramente aprueban tales relaciones (entre un 11 y un 15%).

Aunque el CIRES ha puntualizado en 1990 que para el 57% de los españoles las

relaciones prematrimoniales íntimas no son «deseables», una amplia encuesta del CIS de octubre de 1989 parece demostrar que el 50% de la población española de más de 18 años estima conveniente que durante el noviazgo se mantengan relaciones sexuales, subiendo esta proporción al 84% en el grupo de edad de 18 a 24 años. Las razones que se aducen en pro de su conveniencia o inconveniencia no constan con claridad, pero el 50% de los hombres y el mismo porcentaje de las mujeres creen que está bien que se tengan relaciones sexuales sin estar casados si existe un proyecto de matrimonio, hay verdadero amor o incluso cuando se da solamente un cierto cariño.

A su vez, el matrimonio sigue siendo ampliamente aceptado como la situación personal más deseable, lo cual no excluye una actitud de mayor permisividad hacia las uniones consensuales, que no pocos consideran como una especie de matrimonio a prueba. Así, entre la población mayor de 18 años el 17% considera que deben ser fomentadas para que el matrimonio se haga con «conocimiento de causa», mientras que un 41% las entiende como un resultado de la evolución de las costumbres y solamente un tercio las califica de absolutamente inmorales. Además, cuatro de cada cinco españoles creen que este tipo de parejas aumentará en el futuro próximo.

EN conjunto, el matrimonio dura actualmente bastante más que hace noventa años, y tanto la complejidad de las etapas que atraviesa como la cantidad y dificultad de los problemas a los que han de hacer frente, le exponen a muchos más riesgos y someten su supervivencia a pruebas muy duras

La reciente encuesta del CIS, antes mencionada, muestra que el 29% de la población juzga que matrimonio y unión consensual son prácticamente la misma cosa y el 27% que ésta sirve para conocerse mejor, en tanto que el 20% la considera inmoral y el 11% perjudicial. Curiosamente, aunque para el 37% la ceremonia, civil o religiosa,

no añade nada al compromiso personal, el 68% preferiría casarse por la Iglesia y sólo el 13% por lo civil.

Los resultados de la encuesta del CIRES, por su parte, revelan una actitud cada día más conservadora ante el matrimonio por parte de los jóvenes, a pesar de que tienen dificultades para encontrar la pareja ideal. Además, el 77% de los españoles opinan que el matrimonio no está pasado de moda y más del 90% afirman que para ellos la familia es lo más valioso y que por ella estarían dispuestos a sacrificarlo todo, hasta el punto que el 66% de los casados se muestran dispuestos a jurarse nuevamente fidelidad ante el altar y declaran que les gustaría ser imitados por sus hijos.

Uso de anticonceptivos y aborto

Gracias a la existencia de dos encuestas oficiales de fecundidad, de 1977 y 1985 respectivamente, cabe afirmar que la drástica bajada hasta el nivel actual se ha producido cuando la mayoría de las españolas han podido conocer y sobre todo utilizar con libertad los métodos anticonceptivos, si bien en 1985 había aún un 33,5% de mujeres que jamás habían utilizado ningún método y un 14% que había usado alguno ineficaz. El efecto de la difusión se revela en el dato de que en 1977 el número de mujeres casadas que nunca habían utilizado ningún método ascendía al 40% y en 1985 abarcaba solamente el 16%.

LA ley despenalizadora del aborto tuvo que ser confirmada por el Tribunal Constitucional antes de entrar en vigor, y, según acreditan las encuestas, la religión y la conciencia moral de la mayoría de los españoles lo rechazan como un medio de control de la natalidad

A pesar de lo dicho, no pocos factores culturales, religiosos, tradicionales y educativos impregnan las actitudes y conductas de las mujeres en este y en otros asuntos relacionados con la familia, y lo mismo pasa, aunque en menor medida, con los hombres. Prueba de ello es el caso del aborto, ahora autorizado en tres supuestos, pero todavía lejos de una solución de consenso. La ley despenalizadora del aborto tuvo que ser confirmada por el Tribunal Constitucional antes de entrar en vigor, y, según acreditan las encuestas, la religión y la conciencia moral de la mayoría de los españoles lo rechazan como un medio de control de la natalidad. La creciente aceptación en los casos en los que corre peligro la vida o la salud de la madre, hay anormalidad grave o incurable del feto o el embarazo es producto de una violación, se debe en gran parte al coste en vidas femeninas que comporta su práctica ilegal y a la presión que ejercen los movimientos feministas en favor de que las mujeres dispongan libremente de sus propios cuerpos. De todos modos, la opinión popular sigue oponiéndose mayoritariamente a la aprobación de una ley de plazo, que es el objeto de máximo deseo de los grupos proabortistas.

Las relaciones familiares

Posiblemente la igualdad de los cónyuges dentro de la familia es uno de los aspectos en los cuales más se ha avanzado en los últimos lustros. La situación de la mujer en la sociedad y en la familia ha variado tanto que sus consecuencias son muy importantes. No obstante, subsisten aún viejos estereotipos sobre su adscripción a las tareas domésticas, junto con imágenes eficaces sobre el cuidado de su aspecto físico o sus limitaciones para el trabajo fuera del hogar.

La encuesta del CIS de 1989 aporta precisiones valiosas acerca de lo que más influye en el éxito de un matrimonio. Así, el 95% opina que la fidelidad es muy o bastante importante; el 84%, que lo son los ingresos; el 57%, que lo es que ambos cónyuges pertenezcan a la misma clase social; el 96%,

que lo es el mutuo aprecio y respeto; el 55%, que ambos tengan las mismas creencias; el 78%, que tengan una vivienda en condiciones; el 30%, que coincidan en sus opiniones políticas; el 95%, que se comprendan y toleren; el 66%, que vivan independientes de sus respectivas familias de origen; el 89%, que su relación sexual sea feliz; el 60%, que compartan los quehaceres domésticos; el 98%, que tengan hijos, y el 83%, que tengan gustos e intereses en común.

El divorcio

Los datos disponibles confirman que el matrimonio medio español es más armónico y su conflictividad no demasiado alta. Dentro de él se discute principalmente sobre los parientes, la educación de los hijos y el dinero, pero la mayoría no lo hace nunca o casi nunca. A juicio de los españoles, según el CIS, son motivos tan graves que justifican el divorcio, incluso para los que no son partidarios de él, los siguientes, que se relacionan en orden decreciente de los porcentajes de acuerdo que reúnen:

Malos tratos	87
Incompatibilidad de caracteres	81
Abandono del hogar	81
Adulterio de la esposa	75
Adulterio del marido	74
Homosexualidad	74
Falta de amor y armonía conyugal	73
Alcoholismo crónico	65
Separación de hecho dos o más años	53
Desarmonía sexual	46
Encarcelamiento superior a 6 años	39
Reclusión psiquiátrica del cónyuge	38
Esterilidad	26

Resumen y conclusiones

Los datos y argumentos traídos a colación en el presente artículo nos permiten ahora trazar algunas líneas de tendencia: proseguirá la liberalización en todos los sentidos de las relaciones de pareja, acentuándose la desinstitucionalización de la familia; aumentará la proporción de los casamientos civiles y continuará la baja natalidad, si bien habrá que esperar todavía algunos años para poder calcular la fecundidad final de las cohortes cuyo período reproductor no está cerrado, con lo que conoceremos el cambio del calendario de la fecundidad y no sólo el número de hijos por mujer en un momento dado; crecerá el número de divorcios y separaciones, y, consecuentemente, el de las familias monoparentales, sobre todo de las encabezadas por mujeres; más personas vivirán solitarias, y una amplia proporción de ellas pertenecerán a la tercera edad; las familias recompuestas difundirán ese nuevo modelo de familia extensa que están produciendo los divorcios y las segundas y posteriores nupcias.

LOS datos disponibles confirman que el matrimonio medio español es bastante armónico y su conflictividad no demasiado alta. Dentro de él se discute principalmente sobre los parientes, la educación de los hijos y el dinero, pero la mayoría no lo hace nunca o casi nunca

Otros cambios familiares previsibles dependerán de las futuras condiciones económicas, tecnológicas y sociales del país, si bien cabe entrever que favorecerán la democratización interna y reforzarán el papel de la mujer, que se igualará aún más al del hombre, al reducirse su discriminación laboral y elevarse su nivel educativo. La relevancia de los factores coyunturales, sin embargo, no debe ser menospreciada, sobre todo si se tiene en cuenta el retraso que se ha dado recientemente en la emancipación de los jóvenes, que prefieren mantenerse al abrigo del hogar paterno por ser la situación que les espera fuera de él sumamente difícil. Hoy, incluso los graduados universitarios tienen una alta tasa de paro y la integración de los jóvenes en el mundo de los adultos presenta enormes dificultades. ■

Salustiano del Campo es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense.

LOS ESPAÑOLES Y EL MUNDO: PERCEPCIONES Y REALIDADES

Por Javier Rupérez

SIN necesidad de recurrir a ningún tipo de valoración cuantitativa —aunque la demoscopia venga luego en apoyo—, cabe una afirmación genérica: los españoles han venido teniendo una visión harto distorsionada de la realidad exterior. Incluso, un poco más allá, han solido practicar una olímpica ignorancia con respecto a lo que más allá de nuestras fronteras ocurría. Distorsión e ignorancia han contribuido, además, a configurar una defectuosa percepción de nuestro lugar en el mundo y a una no menos torcida enumeración y defensa de nuestros intereses. Parte todo ello de eso que alguien denominó «cortocircuito de la modernidad» —española, por supuesto—. Tiene, desde luego, origen y explicación en los diversos aislamientos que el país viene sufriendo al menos desde 1898, y cuyas últimas consecuencias, conscientes o inconscientes, se han prolongado hasta bien mediada la década de los 80 de este siglo, transcurridos ya varios años de la llegada de los socialistas españoles al Gobierno.

Esa descripción constituye hoy casi un estereotipo. Y la referencia al «aislamiento» como método explicativo para determinadas carencias en el juicio que los españoles se hacen de la situación internacional tiene datos muy recientes: tan sólohace unos meses, en plena guerra del Golfo, el Gobierno recurría a ella para justificar la tibia reacción de la opinión pública española ante el significado de los intereses en juego y de nuestro propio lugar en la contienda. Pero, como tantas otras veces en que al lugar común aislacionista se ha recurrido, el subrayado tenía de nuevo un perfil abstracto. Los españoles, parecía decir el Gobierno, se comportaban inadecuadamente como consecuencia de una estanqueidad nacional de la que, sin embargo, no se ofrecían perfiles concretos ni culpables corpóreos, más allá de una genérica y casi obligada referencia a la responsabilidad del franquismo en tal estado de cosas. Lo cual, como en tantas otras ocasiones, era evitar culpas propias y desconocer hitos significativos en la conformación de las voluntades de los españoles. Quienes, adelantando conclusiones, se parecen cada vez más al resto de los europeos en algunas cosas, entre las que cabe significativamente incluir la idea que se hacen del mundo que les rodea y de las relaciones que con él querrían mantener.

LOS españoles se mostraban de acuerdo en que la guerra debía servir para forzar a Irak al abandono de Kuwait, a destruir la capacidad iraquí de construir armas químicas, a rendir incondicionalmente Irak y a desalojar del poder a Sadam Husein

La guerra del Golfo

El análisis de los sentimientos de los españoles cuando estalla el conflicto en el Golfo Pérsico constituye un primer elemento de relativa homologación[1]: un tercio de los encuestados consideraban el conflicto inevitable, mientras que un 65% pensaba que se podía haber evitado; el 63% culpaban de su estallido a Sadam Husein; un 80% creyeron, y bien, que la guerra sería corta; un 29% pensaban que España debería participar en el conflicto tal como lo hicieron otros países europeos, mientras que un 38% se inclinaba por un apoyo que no incluyera el combate. Unos días después, cuando la contienda alcanza su mayor incertidumbre, los datos que sigue ofreciendo la opinión pública mantienen su —relativa— razonabilidad[2]: un 52% de los encuestados cree adecuada la participación de España en el conflicto —y era ya notorio el grado importante del apoyo logístico prestado a los Estados Unidos—, aunque un 70% estimara insuficiente la información proporcionada al respecto por el Gobierno español; un 81% de los españoles estimaba que la guerra afectaba mucho o bastante a nuestros intereses, aunque el 65% la estimara injusta; y en proporciones que oscilaban entre el 72% y el 86%, los españoles se mostraban de acuerdo en que la guerra debía servir para forzar a Irak al abandono de Kuwait, a destruir la capacidad iraquí de construir armas químicas, a rendir incondicionalmente Irak y a desalojar del poder a Sadam Husein.

Cuando el conflicto termina y los españoles son preguntados por sus consecuencias, las tendencias se confirman y amplifican —aun teniendo en cuenta el efecto euforizante de la victoria—: el 62% de los españoles mantiene que nuestra participación ha sido la adecuada —era la primera incursión directa en un conflicto internacional que Es-

paña hacía desde, al menos, 1898—; el apoyo «táctico» más que «logístico» prestado a los bombarderos B-52 —cuyas misiones sobre Irak se habían iniciado en bastantes casos desde la base española de Morón— pareció «correcto» a un 68% de los encuestados, y un 33% opinaba que España había ganado algo —un 39% que seguía como antes— en la política internacional como consecuencia de la guerra[3]. Otras opiniones públicas europeas, con los correspondientes matices, claro está, han venido manifestándose de manera sensiblemente similar. ¿Estamos todavía tan aislados, o somos incluso ahora víctimas inconscientes de alejamientos de antaño? ¿Era la «ajeneidad» parte consustancial de nuestro ser nacional, o sólo consecuencia de ciertas circunstancias históricas, entre las que hay que incluir malformaciones, intereses o errores analíticos de personas y de grupos? Más bien lo segundo, claro. Ni siquiera en esto dejó de tener razón Shakespeare por aquello de la culpa «en nosotros mismos y no en las estrellas». Por más que ciertos gobernantes, de antes y de ahora, prefieran optar por la explicación mágica y cómoda: la que les permite evadir ciertas responsabilidades. Veamos.

En marzo de 1986[4] un total del 34% de españoles decían estar entre «muy» y «bastante interesados» por la vida política internacional, frente a un total del 65% de los incluidos entre los «poco» y los «nada interesados» en esa vida. En noviembre de 1988 las mismas preguntas tienen respuestas radicalmente diferentes: la primera categoría, grados diversos de interés positivo en la vida internacional, se ha incrementado hasta un 48%, y la segunda clave, los del poco interés, queden reducidos a un 49%[5].

De forma paralela, los españoles parecen dispuestos a recuperar el tiempo perdido en un proceso acelerado de lo que se podría conocer como voluntad de pertenencia y participación. Los «eurobarómetros», mediciones demoscópicas regularmente realizadas por la Comisión de la CEE, vienen situando a los españoles en la cabeza, junto con franceses y luxemburgueses, de los ciudadanos de la Comunidad que se ven a sí mismos como europeos. No es difícil imaginar que en tan decidida autocalificación incide de manera grande el deseo de «ser como ellos», como los mejores, no desmerecer.

Cambios inexplicables

Como seguramente el mismo deseo impulsaba al 57% de los españoles que en

1976 era favorable a la entrada de España en la OTAN —patéticamente reducidos en septiembre de 1981 a un 13%, mientras que el 43% de los encuestados se manifestaba en contra[6]. ¿Estaban los españoles más aislados en 1981, seis años después de la muerte del dictador y cuatro después de la celebración de las primeras elecciones democráticas, que en 1976, apenas salidos de los cuarenta años de autoritarismo? ¿Dónde y cómo cabe aplicar la noción y los efectos del aislamiento? y ¿dónde y cómo aplicar otros efectos, los inmediatos, los que juegan desde el 76 al 81 y tienen como protagonistas a un Gobierno todavía indeciso sobre la proyección exterior española y a una oposición socialista ciegamente beligerante en contra de opciones, como la de la OTAN, que luego trabajosa y dolorosamente habría que recuperar?

LOS «eurobarómetros», mediciones demoscópicas regularmente realizadas por la Comisión de la CEE, vienen situando a los españoles a la cabeza, junto con franceses y luxemburgueses, de los ciudadanos de la Comunidad que se ven a sí mismos como europeos

Eran también aquellos los años en que, probablemente por las mismas razones, un 28% de los españoles pensaban que los Estados Unidos constituían una amenaza para la paz mundial, mientras que sólo un 15% pensaba lo mismo de la URSS —y un 36% repartían las culpas a «ambos por igual» en el caso de que la paz se viera alterada[7]—. Distorsiones contradictorias que sólo podían ser explicables en el contexto de un sarpullido post-dictatorial, que contenía todavía muchos de los elementos que el autócrata y su régimen habían contribuído a sembrar: demagogia tercermundista, interesada desconfianza frente a las democracias occidentales, irreflexiva alabanza del estatalismo, «quiero y no puedo» o «no están maduras» convertidos en pautas de la imposible acción internacional de un país apartado por culpa de su sistema político —y no por ninguna otra causa.

Cosas todavía quedan, latentes unas, visibles otras. Ese «antiamericanismo» todavía visceral, por ejemplo, que unas veces cobra relieves de barata cultura popular y otras surge apenas velado en manifestaciones no menos baratas de formaciones políticas de izquierda o extrema izquierda. Pero fácil es percibir que el círculo se está cerrando. Para bien. Allí donde los españoles adquieren una cabal idea de su lugar en el mundo, de los intereses y de los valores que en él comparten, de la coherencia con la que conviene distinguirse. Que bien puede seguir siendo ancho, el mundo. Pero ya no es ajeno.

Javier Rupérez es diputado del PP y portavoz del grupo en la Comisión de Defensa del Congreso.

NOTAS

[1] *El País*, 18 de enero de 1991. Sondeo realizado por «Demoscopia».

[2] *El País*, 1 de febrero de 1991. Sondeo realizado por «Demoscopia».

[3] *El País*, 3 de marzo de 1991. Sondeo realizado por «Demoscopia».

[4] Centro de Investigaciones Sociológicas, *Actitudes y Opiniones de los Españoles ante las Relaciones internacionales*, Madrid, septiembre de 1987.

[5] Centro de Investigaciones Sociológicas, *La opinión pública española ante Europa y los europeos*, Madrid, octubre 1989.

[6] Centro de Investigaciones Sociológicas, *Actitudes de los españoles ante la OTAN*, Madrid, septiembre 1987.

[7] CIS, estudio citado, *Actitudes y opiniones...*

LA TRANSICIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

Por Amando de Miguel

LO primero que hay que observar es que en estos últimos tiempos hay verdadera vida cotidiana en España, cada vez más. El hecho se produce al mismo tiempo de otro fenómeno que parece contradictorio y no lo es: el insospechado crecimiento de los servicios públicos. Se trata simplemente de una sociedad cada vez más compleja que permite al tiempo más vida pública y más actividades privadas. Hay un renacido individualismo por el que destaca cada vez más la vida de cada uno en sus aspectos más domésticos y cotidianos.

Bien es verdad que en estos últimos lustros se han reducido un tanto los intensos movimientos migratorios de los años 60 y 70. Ahora bien, los españoles se trasladan cada vez más de domicilio dentro de la misma provincia y aun del mismo municipio. Lo sobresaliente es ahora que los españoles viajan más, salen cada vez más de casa, a pesar del apego a la televisión, el ancla doméstica. En los años de mi infancia la mayor parte de los niños comían raras veces fuera del propio domicilio; ésta es hoy práctica corrientísima para niños y mayores.

Diríase que la densidad de las actividades humanas se ha multiplicado. Se está más tiempo en casa y fuera de ella. Se frecuentan los restaurantes, pero hay también más interés en preparar la comida casera. No ha decrecido la frecuencia de las celebraciones externas (bodas, bautizos, primeras comuniones, comidas de empresa, reuniones profesionales), pero menudean cada vez más las celebraciones domésticas. Por ejemplo, la institución del cumpleaños infantil es ya general. Los españoles han empezado a preocuparse de utilizar la casa para recibir a los amigos o los parientes.

EL efecto mimético o de imitación de lo que se ve en otros países es un nuevo valor en sí mismo

UNO de los cambios de valores más notables en los últimos tiempos es la pérdida de la centralidad de la virtud del trabajo

Mimetismo

Muchos de los nuevos desarrollos de la vida cotidiana son simplemente miméticos, pero no por ello resultan menos llamativos. Por ejemplo, todo lo relacionado con el culto al cuerpo, desde el deporte a la dietética, desde la medicina preventiva a la cirugía estética. El resultado es múltiple: oscila entre un mejor estado de salud hasta la proliferación de manías colectivas, obsesiones y perversiones de todo tipo.

El efecto mimético o de imitación de lo que se ve en otros países es un nuevo valor en sí mismo. Los españoles han vivido secularmente aislados en un medio cuasi continental. Interesaba poco el intercambio con otros países. Hasta los emigrantes al exterior eran de ida y vuelta. Era llamativa la ignorancia de los idiomas extranjeros. Esta situación empieza a alterarse en los últimos años a pesar de las restricciones de la coyuntura económica. Los españoles empiezan a viajar a otros países, incluso a lejanos países.

La vida cotidiana traduce una relación paradójica. En algunos extremos se percibe con destacado pesimismo cuando la realidad comprobable no es tan gravosa. Una ilustración. El consumo de alcohol no es muy alto en España (si descontamos el que trasiegan los visitantes extranjeros), pero la impresión que tienen muchos españoles es que el alcoholismo es un problema más grave que en otros países europeos.

Responsabilidad

Uno de los cambios de valores más notables en los últimos tiempos es la pérdida de la centralidad de la virtud del trabajo. Ésta había sido una característica muy peculiar de la generación de jóvenes que protagonizó el intenso desarrollo de los años 60. Sus hijos no están por la labor. Para los jóvenes actuales el trabajo vuelve a ser, paradójicamente, como en la ética tradicional, un mal necesario. No se trata tampoco de una vuelta atrás. La prueba es que se reafirma la moral del éxito y del éxito medido en términos económicos. La combinación de los dos valores trae como consecuencia el singular auge de los juegos de azar. El ideal es hacerse rico, pero inmediatamente.

Ya que hablamos de jóvenes, hay que su-

brayar que en general los grupos etáneos *cuentan cada vez más. El de los adolescentes* y jóvenes amplía cada vez más sus límites. Se empieza la adolescencia cada vez más pronto y se sale de ella cada vez más tarde. Adolescencia retardada significa, entre otras cosas, mitigación de la responsabilidad, no sólo laboral. Así, se puede interpretar el bajón de las tasas de nupcialidad en los años 80, la «insumisión» de los mozos del reemplazo militar o la violencia rampante que significan los accidentes de tráfico en el grupo de los jóvenes.

Los jóvenes recrean una suerte de subsociedad con sus propios usos. Son nocherniegos en sus hábitos de estudio o de diversión. Practican un característico nomadismo: pasan más tiempo fuera de casa que trabajando o estudiando. Dedican escasas horas al sueño. No suelen tener un horario convencional, sino mucha dispersión de actividades. Muchos estudian y trabajan al tiempo, aunque algunos no despliegan ninguna de esas dos actividades. Dedican muy escasa atención a la lectura. No son los radicales de antaño. Así, por ejemplo, los jóvenes *son cada vez más proclives al matrimonio* canónico, aunque se haya institucionalizado el civil, si bien se toleran cada vez más las uniones de hecho. Los jóvenes gozan, dentro de la familia paterna, de un alto y creciente margen de autonomía de conducta, pero con un elevado grado de dependencia económica de los padres; las relaciones con los padres son intermitentes; hay más comunicación con la madre en chicos y chicas.

LOS jóvenes recrean una suerte de subsociedad con sus propios usos. Son nocherniegos en sus hábitos de estudio o de diversión. Practican un característico nomadismo: pasan más tiempo fuera de casa que trabajando o estudiando

En los últimos decenios se ha producido un notable aumento de la longevidad, sobre todo femenina. Esto significa la presencia de muchos viejos (que ahora se llaman «mayores» o «tercera edad»), prematuramente retirados de la actividad laboral, pero con mayor actividad en los otros órdenes de la vida. El contrapeso negativo de esta inyección de vitalidad es la quiebra de la Seguridad Social. En donde lo privado acaba rebotando en lo público. ■

Amando de Miguel es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

La sociedad española de finales del siglo XIX y comienzos del XX se dibujaba bastante quietista y tabernaria. El deporte nacional por excelencia —los otros dos, la emigración a América y los pronunciamientos— era la tertulia variopinta, escandalosa a veces y violenta las menos. La verdad es que el regeneracionismo de Costa, las iniciativas itinerantes de los krausistas-institucionalistas y el dolor nacional de los del 98, acongojados bajo el fardo unamuniano del sentimiento trágico de la vida, primaban en el discurso de las élites pensantes, mientras el resto, los más, las pasaba estrechas con su «pan y toros» mal digeridos en charletas colmadas de humo e interminables partidas de chamelo.

LA VIDA EN CHÁNDAL

Por Luis Marañón

ANTES de que cambiaran las cosas radicalmente a mediados de los años 70, tras los severos y sufridos pasos de dos dictaduras una II República, una guerra civil y una dictablanda, dos santones de la generación del 14 habían emitido opiniones desazonadoras que hoy resultarían casi ciencia-ficción. Así Gregorio Marañón se mostró muy crítico, en uno de sus Ensayos Liberales, en lo que respecta a la moda del *sport* y los *ases*, e incluso atacó duramente al joven que vive largos años esclavizado al deporte. Por su parte, Ortega y Gasset, que escribió mucho sobre la caza, comentó en su plenitud racionalista que «el alma corporal sirve de asiento o cimiento al resto de nuestra persona. Es ella el plinto de la estatua espiritual, la raíz del árbol consciente».

El propio Unamuno, ya muy cansado de tanto poner los dedos en las llagas nacionales, atendía meditabundo los últimos estertores de las doradas tardes salmantinas mientras se aplicaba con sabiduría y tino al sedentario ejercicio de hacer pajaritas de papel sobre el velador de mármol de un alborotado café. A la verdad, tales planteamientos y actitudes vitales han quedado barridos del comportamiento social y forman parte de nuestra larga y atormentada historia.

Vivir con el deporte

Ciertamente, en las sociedades occidentales de este *fin de siècle*, la realidad, presentida o desarrollada, se ve pespunteada por incertidumbres relativas y verdades provisionales. En la vaguedad del contexto y en el liviano espíritu de la época —tan verdadero y trivial—, el culto al cuerpo, en sus distintas versiones, se ahínca con fuerza y por derecho propio. Su primera derivada, el deporte, se constituye en firme religión civil, adobada con los ingredientes de multitudinarios espectáculos y ética protestante. Muy norteamericano todo ello.

HOY una gran parte de nuestra España ocupa su ocio y se divierte en chándal y zapatillas anatómicas antes de alcanzar el reposo merecido, degustando los pinchos morunos asados en la barbacoa del chalecito adosado

Hoy, gran parte de nuestra España ocupa su ocio y se divierte en chándal y zapatillas anatómicas, antes de alcanzar el reposo merecido, degustando los pinchos morunos asados en la barbacoa del chalecito adosado. Nos movemos en un medio social muy distante, también más abierto y menos protocoloario, de las pobreterías pasadas, y son otros muy diferentes los medios económicos —hay encima, muchos más, afortunadamente— y los valores de los que tenían nuestros bisabuelos y abuelos. Se vive más deprisa y con mayor estrés, es cierto, que antaño, y los malos humores retenidos a lo largo de seis días laborales se descargan durante el fin de semana practicando el deporte favorito. Éste, además, sirve para impulsar las relaciones interpersonales, puede llegar a contribuir al ascenso profesional y social, y, finalmente, colabora a matar el gusanillo del amor propio, arteramente represado por el jefe en la oficina o en la fábrica.

Vemos por los espacios y praderones españoles corretear y practicar deporte a millones de ciudadanos de ambos sexos, con la tensión y las ganas de un opositor a letrado del Consejo de Estado. Unos ensayan mil veces los regates y fintas de Butragueño, *el Buitre;* otros quieren «patear» como Seve Ballesteros u Olazábal; algunos ambicionan escalar los Alpes como Perico Delgado o correr a más velocidad que la moto de Sito Pons; muchas niñas y no tan jóvenes pretenden emular los éxitos de Arantxa Sánchez Vicario y Conchita Martínez con la raqueta en el circuito mundial, y miles de niños aspiran a jugar y triunfar algún día en la NBA.

El deporte en España se ha socializado, ha perdido la connotación de clase, y para bastantes se ha convertido en una profesión digna y bien remunerada. Se han sacudido de encima viejas perezas y raro es el pueblo que no cuenta con un polideportivo o unas instalaciones deportivas aceptables. El nivel medio del deportista español se ha elevado enormemente —en su ayuda ha venido la mejor alimentación—, la práctica periódica se ha hecho masiva y las numerosas estrellas deportivas se constituyen en ídolos mitificados, figuras a copiar, seguir... y, si se puede —aquí además de esfuerzo y horas se re-

Emilio Butragueño

EL nivel medio del deportista español se ha elevado enormemente —en su ayuda ha venido la mejor alimentación—, la práctica periódica se ha hecho masiva y las numerosas estrellas deportivas se constituyen en ídolos mitificados

quieren condiciones y talento, como en casi todo—, a superar.

Los hábitos sociales y pautas de comportamiento se han modificado tantísimo que existe una considerable cantidad de españoles ocupando —falta poco para que lo rebase— un amplio segmento en las estadísticas oficiales de la población activa: los «deporte-dependientes», en los que aparecen incluidas las legiones de lectores de periódicos deportivos y televidentes de programas en la materia. Claro que esta adicción al chándal es muchísimo mejor para el país que la otra, la de las drogas, tan patética como lamentable —aquí, en este último punto, se puede recuperar justificadamente el lema del «dolor de España» de los noventayochistas.

El tenis dura más

Así las cosas, a nadie puede extrañar el estado de zozobra permanente en que se halla Agapito Valladares, el enjuto pedicuro de Alhaurín el Grande, provincia de Málaga, con consulta abierta desde hace un montón de tiempo en la localidad. Este sesentón rubiacho y tostado por el sol subtropical es un *fiebres* del tenis —su biblioteca cuenta con más de cuatrocientos libros sobre la materia— cuya psiquis se ha visto golpeada de modo brutal tras la adquisición de un chirriante y desvencijado baúl del que sacó unos sorprendentes manuscritos. Uno puede afirmar de manera categórica que

tras la lectura de esas amarillentas páginas —según me contó, «se desgranan huérfanas, inútiles y desoladas»— este adicto del tenis se quedó entre perplejo y confundido al comprobar que se trataba de los escritos secretos, relativos al tenis, de su autor preferido (como se sabe, el tenis es deporte que debe el nombre de ribetes griegos —el *saphiristiké*— al mayor británico Wingfield, quien lo puso en circulación en el no tan lejano 1874).

El descubrimiento del contenido del baúl ha venido a congelar un tanto la pasión desbordada de Agapito, Pito para todos, por «su» deporte, al que Kipling, otro británico, calificó de «rey de los deportes y deporte de reyes». No es para despreciar los escalofríos de mi amigo, puesto que enfrentarse a 74 textos, signados entre 1896 y 1938, modificando, con sólidos argumentos y desparpajo literario, la sustancia teórico-práctica de un deporte ejercitado con tesonera dedicación y frenesí de neófito es algo capaz de erosionar la fe del carbonero más bragado y fundamentalista.

Baste mencionar algunos de los títulos de los papiros para tomar justa medida de la gravedad del asunto: *Fijaciones sexuales y el modo de agarrar la raqueta a dos manos, Pasiones carnales y la dejada, Resistencia psíquica al uso del globo, La relación sexual de la volea corta, Moral tenística y neurosis moderna, Parricidio y su vinculación a la pérdida del saque, Misterios y desventuras bajo la falda.* ¿Quién da más a tan contundentes y amedrentadores títulos?

ANTE la doble frustración del amigo, mi sensibilidad herida se reconforta tras la lectura de la rotunda y solemne máxima anunciada por los gurús del inconsciente en París: «La parienta —o el pariente— y la raqueta, para quien las trabaja»

Pero las averiguaciones de Pito, persona enteriza y concienzuda si las hay, no se quedaron en la superficie sino que fueron más lejos, siempre empujadas por el ventarrón de una curiosidad enfermiza. Por lo visto, el hasta entonces incuestionado maestro, rodeado de eolegiales sonrosados y pecosos, y con los recuerdos imperiales correteando por su trepidante memoria, se dedicó, a orillas del río Prater, a frecuentar el orondo «Círculo de los Miércoles», mientras que en los ratos libres iba elaborando pacientemente un singular cuerpo de doctrina, cuyo núcleo central es, más o menos, el siguiente: el sexo es saludable, pero el tenis dura más; el inconsciente tenístico como perplejidad desamparada; el celibato tenístico, versión moderna de la condena terrenal y anticipo del fuego eterno; la neurosis tenística es una urgencia a satisfacer a la mayor brevedad posible para no sumergirse en la insania de por vida; la pista de tenis concebida como tálamo nupcial, en el que centellean las zonas emocionales y eróticas del ser humano.

La síntesis desvergonzada de toda la parafernalia académica del maestro idolatrado, don Segismundo Freud, podría bosquejarse así: el tenis es la metáfora del cambio de siglo; la sublimación amorosa se logra mediante el batallador empleo de la raqueta, y el complejo de Edipo no va más allá de una abundante cosecha infantil de desastrosos resultados en partidos importantes. Como colofón del esbozo teórico, no cabe silenciar la terapia recomendada por el sesudo y atormentado profesor para superar un cuadro patológico determinado: «Tres partidos de individuales y dos de dobles a la semana, por lo menos». Si fueran listas, las compañías comerciales lograrían sustanciosos beneficios de seguir y promocionar tan sabia sugerencia.

El viejo Freud, al fondo

Pero no sería correcto ni honesto dejar la cuestión en este estado. De ahí que se faciliten algunos de los conceptos acuñados por el *homo sapiens*, al que sus críticos tachan de «traficante de emociones de segunda mano» (incluso Joyce define su doctrina, el psicoanálisis, como «puro chantaje»). Veamos: la inhibición sexual es efecto de las dos dobles faltas; la mujer del tenista, engendradora de la guerra de los sexos; el nido vacío, situación creada por perder los partidos por un doble 6/0; el desmadre se-

Arantxa Sánchez Vicario

xual, efecto automático de primeros saques no devueltos por el rival; la continencia permanente, secuencia lógica de fallos absurdos en pelotas fáciles, pero decisivas; la curva erótica, entrevista en el globo defensivo; la raqueta franqueada por dos pelotas de tenis, símbolo machista contemporáneo, debido a la tensión interior generada por la soledad y la falta de afecto que siente el jugador desde el fondo de la pista.

Muchas de las incógnitas referidas a la personalidad del maestro fallecido han quedado despejadas tras las innumerables horas del I+D de Agapito Valladares. Según *Valladares, si Freud detestaba a Mendel y* Jung su causa hay que atribuirla sin duda a que le ganaban siempre. Y si, por el contrario, aceptó a Adler como colega y amigo desde el primer momento es a causa de que los dos abandonaban la pista empatados a un set y tan satisfechos por la tarea cumplida y por el orgullo individual no doblegado.

Los historiadores médicos y los memorialistas han repetido hasta la saciedad que Freud murió de cáncer de boca, en 1939, en su exilio de Londres, y muy zurrado por el peso de la sangre maldita y errante. Por su parte, mi amigo Pito ha pergeñado su propia hipótesis de trabajo, con lucidez y respeto: «Don Segismundo era mala raqueta, y su enfermedad se vio agravada ante la imposibilidad de superar las fases previas en los torneos locales. A Freud, quizá, lo mató el sentimiento de culpabilidad nacido de sus reiterados fracasos tenísticos». Tal vez lleve razón mi amigo, que los misterios del deporte y del corazón derrotado son insondables.

Pero no es hora ni lugar de hurgar con mala fe en los forros ajenos ni de entrar en polémicas tortuosas. El hecho cierto es que mi amgio, por culpa del enrevesadísimo hallazgo, está transitando una época muy angustiada y siente el alma como desarbolada. Para equilibrar los malparados biorritmos y salir de la depresión aguda ha recurrido a la meditación trascendental y a un complejo vitamínico oriental, si bien sin ningún éxito todavía. Es más, me acaba de anunciar que va a probar con el análisis transaccional y, al mismo tiempo, con el diván de un psicoanalista porteño que conoce desde hace algunos años. Tal vez así pueda remontarse. Personalmente, y aunque cuestione la terapia elegida por Pito, deseo su pronta recu*peración.*

En todo caso, el preocupante naufragio de Pito y las melancólicas y resignadas lágrimas de Regla —su esposa de siempre, y aún de buen ver— han servido para que comprenda a cabalidad los efectos desastrosos generados por la mezcla del ayuno sexual y

Severiano Ballesteros

paro tenístico. Ante la doble frustración del amigo, mi sensibilidad herida se reconforta tras la lectura de la rotunda y solemne máxima enunciada por los gurús del inconsciente en París: «La parienta —o el pariente— y la raqueta, para quien las trabaja».

Sólo me resta añadir una confesión personal: me he quedado sin contrincante fijo para los partidos de tenis del próximo otoño-invierno. Y ello porque la poderosa sombra de la raqueta de don Segismundo Freud planea muy bajo, tiende a comportarse como ave carroñera en las horas bajas y continúa causando estragos dentro y fuera de las pistas de tenis imaginarias que se van levantando al paso irreverente y desmedido de mis palabras. A lo peor, yo soy quien comienza ahora a padecer esos malos sueños. En la vida tan agitada que llevamos todo puede ocurrir. Toquemos madera, mejor aún, el grafito de la raqueta, que resulta más fino y posmoderno.

LA neurosis tenística es una urgencia a satisfacer a la mayor brevedad posible para no sumergirse en la insania de por vida

Por su parte, Agapito Valladares, mi amigo Pito, me ha confesado en la última conversación telefónica mantenida que para poner en orden sus ideas y así poder volver a salir a una pista de tenis con garantía de ganarme un par de juegos por set, ha hecho la promesa de salir de cofrade en las procesiones de la Semana Santa próxima. Realmente, el compromiso de Pito supera con creces el concepto de que el deporte sea hoy una religión civil. Presiento que tal incertidumbre metafísica terminará por traerme la lesión del codo. Lo que me faltaba a *mis años. Ante estos temores reverenciales* decido no ponerme hoy el chándal y dedicar mi ocio a leer un libro, el que estoy escribiendo, entre partido y partido de tenis, sosegadamente. ■

Luis Marañón es abogado y escritor.

LA ECONOMÍA ESPAÑOLA ENTRE EL CAMBIO Y EL INMOVILISMO

Por Cristóbal Montoro Romero

LA economía española está experimentando una profunda transformación: intensa por su contenido y veloz por su concentración en el tiempo. Se trata de un proceso capaz de alterar no sólo la faz del sistema productivo, sino la fisonomía del conjunto de la sociedad, modificando el papel de los agentes económicos. Y lo más probable es que el cambio se intensifique en los años noventa.

La fuerza motriz que nos arrastra de modo incontenible es relativamente sencilla de identificar: la integración en la economía internacional. En efecto, la economía española ya no es sino un eslabón de la cadena constituida por los sistemas productivos de los países avanzados. Fuera de esa cadena no hay presente, y mucho menos futuro. El desarrollo económico de los pueblos está en función de su capacidad de estar presentes en el flujo internacional de bienes, servicios y capitales. Los ejemplos de los llamados «dragones asiáticos», que ya están siendo relevados por la pujanza de otros países de la zona, contrasta con el fracaso del socialismo real o con las dificultades de la mayoría de las naciones de Hispanoamérica.

La integración de la economía española en el espacio mundial es un fenómeno relativamente reciente, que constituye una destacada novedad de nuestro tiempo. Pone punto y final a una larga etapa de aislamiento, responsable en buena medida de nuestro comparativamente menor desarrollo económico, así como de las peculiaridades perversas de nuestra estructura política, de nuestro entramado social y de nuestra baja capacidad de participar en la innovación científica y técnica característica de este fin de siglo.

Nuestro ingreso en la Comunidad Europea, en 1986, supuso el fin definitivo del aislamiento. Y lo importante es que las primeras consecuencias hayan sido más positivas que negativas, que el saldo arroje más luces que sombras. Una vez más, la experiencia de apertura al exterior ha resultado sumamente favorable, mejor de lo que los pronósticos disponibles permitían augurar.

En efecto, la economía española ya no es sino un eslabón de la cadena constituida por los sistemas productivos de los países avanzados. Fuera de esa cadena no hay presente, y mucho menos futuro

La pertenencia a un ámbito superior, más amplio, es una circunstancia que imprime carácter. De ella se derivan importantes elementos que condicionan la organización de la economía, de la política y de la sociedad. Ignorarlos equivale a quedar al margen de las corrientes de progreso, a renunciar a un futuro lleno de esperanza, pero también plagado de riesgos, que en absoluto pueden desdeñarse.

Competición

La integración en la economía mundial equivale a la aplicación de una ley inexorable: la competencia. Este viejo axioma definidor del funcionamiento de los mercados ha cobrado un relieve formidable en la actualidad. Tanto es así que se ha convertido en la única forma de garantizar el bienestar colectivo, al que todos aspiran. De ahí la extendida moda de crear grandes áreas de libre comercio, en las que tanto los países desarrollados como los que se encuentran en vías de desarrollo depositan sus ansias de progreso.

La fuerza de la competencia es tal que los agentes económicos ven cómo sus actuaciones quedan a su servicio. Toda la vida económica debe mirar hacia la mejora de la capacidad de competir, pues de ello depende la ubicación física de las inversiones y la consiguiente creación de puestos de trabajo. A este respecto, los países compiten entre sí al igual que las regiones y las ciudades. El conjunto de la política económica debe orientarse hacia ese objetivo, como lo han de hacer las conductas de empresarios y trabajadores, de forma individual o a través de sus sindicatos.

El cambio de la economía española, en un sentido claramente modernizador, se produjo en los años sesenta y comienzos de los setenta: en poco más de tres lustros una estructura productiva todavía demasiado agrícola dejó paso a un modernizado tejido industrial y a un potente sector terciario. Con la tardanza habitual en nuestra historia, nos incorporábamos a un proceso de desarrollo que estaba llevando al sistema capitalista a conocer uno de los períodos de más fecundo crecimiento desde su nacimiento, dos siglos antes. Las dos claves que

Trabajadores españoles hacia Europa

mejor explican el formidable despegue de la economía española fueron la aplicación de una cierta disciplina monetaria y la apertura al exterior.

El despegue de la inversión, que singularizó a aquellos años, produjo un auténtico «milagro» de modernización de la economía y del tejido social. Las migraciones de los sesenta fueron decisivas, al poner a los recursos humanos sobrantes de las actividades tradicionales a disposición de las nuevas, situadas en los enclaves tradicionales (Cataluña y País Vasco) y en los que surgían como nuevos polos de atracción, salpicando nuestra geografía. Asimismo, el buen momento atravesado por la economía europea facilitó la salida de cientos de miles de trabajadores españoles, que además de contribuir con su esfuerzo a la prosperidad de esos pueblos rindieron un gran servicio al crecimiento económico español a través de importantes volúmenes de remesas y de la descongestión del mercado de trabajo.

La crisis económica de la segunda mitad de los setenta fue especialmente dura, demostrando que el crecimiento anterior tenía serias debilidades intrínsecas, agravadas en buena medida por la transición política y sus incertidumbres y por la carencia de una política económica estabilizadora. El resultado fue un brusco frenazo del crecimiento, un vertiginoso incremento del desempleo, la intensa aceleración de la inflación y la aparición de un abultado déficit público, hasta cierto punto derivado de la apresurada implantación del Estado del bienestar en España.

Como no podía resultar de otro modo, la salida de la crisis fue larga y penosa. El duro ajuste económico que se practica desde finales de los setenta hasta mediados de los ochenta coloca a la economía en situación de recuperarse, una vez se dan las condiciones objetivas: flexibilización de los mercados (en especial del laboral), buena coyuntura internacional, caída del precio del petróleo combinado con el descenso del dólar y llegada masiva de inversión extranjera, animada por nuestro ingreso en la CEE, que también sirvió de acicate a la inversión interior.

Aspectos positivos

El cambio experimentado por la economía española durante los años de expansión económica tiene aspectos positivos y otros que revelan la no superación de los defectos de fondo. Sin ánimo de exhaustividad, los elementos positivos más destacables serían los siguientes:

La Gran Vía madrileña, símbolo de la España del «600», en los años sesenta

— La recuperación ante la sociedad del papel de la empresa privada como motor de la creación de riqueza y de la creación de empleo.

— La relativa flexibilización de la economía, sobre todo en los ámbitos financiero y laboral.

— La realización de un descomunal esfuerzo inversor por la casi totalidad de los sectores económicos, que ha actualizado los métodos de producción.

— La reestructuración del tamaño de las empresas a través de un dinámico proceso de fusiones y absorciones.

— La incorporación de un importante caudal de inversión extranjera, que contribuyó a la modernización del sistema productivo.

— El acceso al empleo de cientos de miles de ciudadanos, en especial pertenecientes a los grupos de mayor marginación laboral, jóvenes y mujeres.

— El esfuerzo, aunque tardío, por recuperar el retraso de las infraestructuras.

— La extensión de una cierta neutralidad preocupada por la mejora de la competitividad internacional.

Aspectos negativos

Hay sin embargo aspectos negativos del cambio, en el sentido de insuficiencias del mismo, que conviene identificar a efectos de proponer soluciones para el próximo futuro:

— La permanencia de acusados desequilibrios macroeconómicos, con una inflación que se resista a descender desde sus niveles actuales y con un déficit exterior por cuenta corriente que revela tanto una secular falta de ahorro como nuestra todavía deficiente capacidad de competir en el exterior.

— El descontrol en que siguen viviendo los presupuestos públicos y que se traduce en la permanencia de un alto déficit público (en torno al 3% del PIB), sin duda el mejor indicador del signo expansivo de la política fiscal, que tantos agobios provoca a la política monetaria.

— La división de la economía en dos grandes bloques. Uno abierto a la competencia exterior sobre el que ha recaído la parte más dura del ajuste consistente en la estrategia de mantener elevado el tipo de cambio de la peseta. El otro sector (fundamentalmente de servicios) permanece al abrigo de los mercados mundiales y es origen de las tensiones inflacionistas.

La aceleración de los costes laborales por unidad de producción, que está haciendo perder competitividad exterior y que ha producido un empeoramiento de la situación financiera de las empresas que es causa directa del frenazo de la inversión y del deterioro de la creación de empleo.

— La paralización de las reformas estructurales que permitirían mejorar nuestra eficiencia productiva. Entre ellas se echan de menos la fiscal, la del mercado de trabajo (todavía demasiado rígido), la diversificación de las fuentes energéticas, la liberalización del sistema financiero (encorsetado por el esquema de coeficientes legales) y la del sistema educativo, especialmente en su rama de formación profesional.

— La persistencia de un considerable retraso en la dotación de infraestructuras que ocasiona un notable perjuicio a la capacidad de competir de nuestra economía.

— El mantenimiento de un significativo desfase tecnológico, fruto de la insuficiente aplicación de recursos internos a esta primordial tarea.

— La existencia de acusados desequilibrios regionales, sin que exista una política definida de corrección de los mismos distinta de la simple y engañosa subvención.

La economía española ha dado en estos últimos años un paso adelante, que sin embargo no puede calificarse como decisivo. Son demasiadas las resistencias internas que siguen oponiéndose a la auténtica transformación. Resistencias que tienen su origen en una política económica diseñada para actuar demasiado a corto plazo, en una actitud sindical que mezcla la defensa de los intereses de los trabajadores con un discurso político propio de los años sesenta y en la actitud de determinados sectores sociales no demasiado coherentes con el contexto que enmarca su acción. El cambio es una exigencia de la competencia internacional, y lo más correcto es plegarse a sus exigencias. ■

Cristóbal Montoro Romero es catedrático de Economía Aplicada y director del Servicio de Estudios del Instituto de Estudios Económicos.

LA POLÍTICA DESPUÉS DE LAS ELECCIONES: UNA INTERPRETACIÓN

Por José Ignacio Wert

CUANDO, en el análisis de un fenómeno social, se dice esa tontería de que «los números hablan por sí solos», por lo general, tras ella suele venir una interpretación equivocada de los números *que hubieran debido hablar por sí solos* y que más bien ponen en evidencia al demiurgo aficionado que la proclama. En realidad, de demiurgo sólo tiene la fachada: quien sostiene que los números hablan por sí solos tiende a ser un ventrílocuo de poca monta que intenta hacerles hablar sin que se note demasiado el movimiento de su boca.

Números opacos

Nada hay, por el contrario, más complejo de interpretar que los números que expresan *la métrica de fenómenos sociales*, las matemáticas, por ejemplo, de lo que la ciudadanía expresa en las urnas en unas elecciones. Y si esas elecciones son como las que tuvimos el pasado 26 de mayo, cualquier pretensión de análisis elemental está condenada a la banalidad, a la equivocación o a la —*nada infrecuente*— mezcla de ambas.

Pocas elecciones tan *polisémicas*, de interpretación tan abierta, como las celebradas semanas atrás. Por mucha costumbre que tengamos ya de escuchar a todas las formaciones políticas apuntarse el triunfo en la noche electoral, sin que nos choque, es menos frecuente que, además, todas tengan algo de razón al apuntárselo. Y lo cierto es que por lo que respecta a las formaciones parlamentarias de ámbito nacional, con la única, señalada y terminal excepción del CDS, todas han ganado algo. La cuestión está en interpretar qué y sobre todo para qué. Porque —*ça va de soi*— cuando todos *han ganado algo también suele suceder que* todos han perdido algo.

POR mucha costumbre que tengamos ya de escuchar a todas las formaciones políticas apuntarse el triunfo en la noche electoral, sin que nos choque, es menos frecuente que además todas tengan algo de razón al apuntárselo

Antes de los comicios, apuntaba en estas páginas tres o cuatro claves de anticipación de lo que iban a dar de sí estas elecciones en términos de pérdidas y ganancias para unos y otros. Como los electores —en detalle *que les agradezco— han tenido a bien* conformar su comportamiento a mis predicciones, se trata ahora de ver lo que hay detrás de los cambios políticos que las elecciones han sacado a la luz.

En este sentido, es más útil concentrar el análisis en las elecciones municipales —por *su alcance nacional— que en las autonómicas*, que sólo han tenido lugar en trece Comunidades y dejan fuera cerca de un cuarenta por ciento del censo.

Los números nacionales al respecto son a la vez ilustrativos y engañosos. Comenzando por el aparentemente más unívoco de todos, la *participación*. El descenso de afluencia a las urnas —cercano a los ocho puntos porcentuales de censo con relación a 1987— no sólo es sintomático del enfriamiento de la ilusión participativa, como se ha dicho, sino que en la forma en que se ha producido revela la cada vez mayor «carga táctica» que acompaña a la conducta electoral: el análisis ecológico del voto en Madrid, por ejemplo, descubre una tendencia sistemática a la abstención proporcionalmente mayor en los distritos de predominio PSOE-IU frente a aquellos de predominio PP-CDS (que en estas elecciones se han transformado en predominio PP solamente) en un orden de magnitud cercano a los cinco puntos. A su vez, el vuelco de proporciones de apoyo relativo y absoluto en unos y otros distritos *sugiere que un número estimable de tradicionales votantes* del PSOE han optado por mostrar su discrepancia o su escepticismo a través de la abstención. El PP, así, se aproxima a la mayoría absoluta de sufragios y crece más de doce puntos porcentuales sobre voto válido con apenas un 5,8% de crecimiento de votos sobre censo. En todo caso, estos componentes tácticos no dispensan la preocupación por la caída de la tasa de votantes y su correlato de riesgo potencial de retraimiento democrático.

El color del cristal

Por lo que se refiere a las cifras «macroeconómicas» de los partidos nacionales, éstos son los saldos 87/91 más expresivos:

	1987	1991	Dif.	Dif. %
PSOE	7.229.782	7.163.668	− 66.114	− 1
PP	4.080.705	4.703.468	+ 622.763	+15
CDS	1.902.293	721.832	−1.180.461	−62
IU	1.212.262	1.578.361	+ 366.099	+30

Es decir, *prima facie,* teniendo en cuenta el incremento de la abstención, nos encontraríamos con un partido en situación de estabilidad absoluta, pero al alza relativa (el PSOE), dos creciendo significativamente en ambas dimensiones (PP e IU) y un cuarto en desplome se le mire por donde se le mire (el CDS). Sin embargo, si entramos en una contabilidad «analítica» un poco más fina, que tome en cuenta lo que se llama la ecología del voto, es decir, que discrimine en el balance qué proviene de unos y otros tipos de asentamientos humanos, no encontramos cambios de entidad mucho mayor que la que el balance general permite adivinar.

Para ello, hemos dividido España en tres cortes. El primero, el conjunto de las cincuenta capitales (A). El segundo, las veinte ciudades no capitales con más de 100.000 habitantes (B). A ciertos efectos, agregamos (A) y (B) para definir un estrato que viene a ser la España más urbana en términos político-electorales. A otros efectos, las consideramos independientemente. El estrato (A), que posee cierta heterogeneidad interna, representa el hábitat con mayor peso relativo de las clases medias emergentes, junto con clases medias tradicionales como la burguesía comercial y el grueso de las burocracias públicas y privadas. El estrato (B) es algo más homogéneo, destacando en él como definitorio el peso de los asalariados de la industria, muchos de ellos inmigrantes de primera o segunda generación de la España rural. El tercer corte (C) es el resto de España, lo que supone los estratos semiurbanos o intermedios y los rurales.

El peso demográfico de cada estrato en porcentaje respecto al censo electoral de 1987 y 1991 es el siguiente:

	1987	1991
(A)	36,1	36,3
(B)	8,2	8,4
(A) + (B)	44,3	44,7
(C)	55,7	55,3

Analizando los resultados electorales municipales de los cuatro partidos parlamentarios de ámbito nacional según esta división demográfica, tendríamos el siguiente cuadro:

	1987	1991
PSOE		
% de sus votos en estrato (A)	34,9	30,7
% de sus votos en estrato (B)	8,0	7,7
% de sus votos en estrato (A) + (B)	43,0	38,4
% de sus votos en estrato (C)	57,0	61,6
N.º de capitales partido más votado	28	23
N.º municipios (B) partido más votado	16	16

	1987	1991
PP		
% de sus votos en estrato (A)	39,9	41,6
% de sus votos en estrato (B)	4,7	5,4
% de sus votos en estrato (A) + (B)	44,6	47,0
% de sus votos en estrato (C)	55,4	53,0
N.º de capitales partido más votado	11	21
N.º municipios (B) partido más votado	—	1

	1987	1991
CDS		
% de sus votos en estrato (A)	39,0	26,1
% de sus votos en estrato (B)	8,1	5,2
% de sus votos en estrato (A) + (B)	47,1	31,3
% de sus votos en estrato (C)	52,9	68,7
N.º de capitales partido más votado	1	—
N.º municipios (B) partido más votado	—	—

	1987	1991
IU		
% de sus votos en estrato (A)	37,6	33,5
% de sus votos en estrato (B)	17,1	12,8
% de sus votos en estrato (A) + (B)	54,7	46,3
% de sus votos en estrato (C)	45,3	53,7
N.º de capitales partido más votado	1	1
N.º municipios (B) partido más votado	1	1

FUENTE: Ministerio del Interior y elaboración propia.

EL vuelco de proporciones de apoyo relativo y absoluto en unos y otros distritos sugiere que un número estimable de tradicionales votantes del PSOE han optado por mostrar su discrepancia o su escepticismo a través de la abstención

Varias son las consecuencias que los cuadros anteriores nos autorizan —previa la mediación analítica correspondiente; ni siquiera estos números «hablan por sí solos»— a extraer:

1. El PSOE pierde apreciablemente *punch* electoral en la España «capitalina», de las clases medias urbanas tradicionales y emergentes, pero aguanta mucho mejor el tirón entre los asalariados industriales y, desde luego, mejora de forma impresionante su penetración en el medio rural y semiurbano. *Facts,* las interpretaciones son libres. Aunque haya ampliado en términos de apoyo relativo (38,4% del voto válido a nivel nacional), su resultado del 87 en casi dos puntos porcentuales, ha reducido su diferencia respecto al segundo partido (el PP ahora, AP en 1987) en tres puntos (era de dieciséis puntos y es ahora de trece). Lo que fue la «barrida urbana» del 83 y su atenuada versión del 87 han dejado lugar a un escenario de poder metropolitano en el que —elementos simbólicos al margen— se da una situación equilibrada con el PP. En 1987, el PSOE, partido más votado de todos los concurrentes en 28 capitales, aventajaba al PP en 36 de las 50. En 1991, el PSOE, partido más votado en 23 capitales, aventaja al PP en 29.y es superado por él en 21. Lo que se llama en sociología electoral la «pluralidad» PSOE/PP en el voto de las capitales (esto es, la relación porcentual existente entre el voto a cada uno y el total que constituye su suma) ha pasado de ser

61/39 en 1987 a ser ahora 53/47, es decir, se *ha equilibrado casi por completo.*

2. Por lo que se refiere al PP, el reverso del análisis anterior en cuanto le es de aplicación (es decir, incremento espectacular del voto urbano, reequilibrio a ese nivel de *la comparación con el PSOE, mejor penetración* en el estrato urbano industrial) no puede ocultar ciertos elementos de fragilidad o de insuficiente avance en relación con las «rentas de oportunidad» que la elección propiciaba. Así, sucede que el *PP* ha perdido primeras posiciones en diversos lugares como Santander, Cuenca, Zamora, o posibilidades de seguir gobernando al carecer de «coalescibilidad» en lugares como Toledo o Jaén. Esto es, no en todas partes la desaparición o el extremo debilitamiento del CDS se traduce en conquista de poder, sino que a veces su efecto es el inverso, la pérdida de posiciones «conquistadas a medias».

3. El caso del CDS adquiere en este tipo de análisis si cabe mayor contundencia que en el —ya de suyo muy expresivo— análisis de conjunto. Porque la ecología del naufragio pone de manifiesto la naturaleza presumiblemente «extintiva», deferente y clientelar de los puñados de votos que han ido a parar a su contabilidad. El descalabro tiene una versión capitalina y otra urbana no capitalina, pero las intensidades del mismo son muy similares. De hecho, las proporciones que representan los votos de 1991 en cada uno de esos dos estratos en relación con los obtenidos en el mismo estrato cuatro años atrás son milimétricamente iguales: en ambos «ecosistemas» políticos, los votos centristas de ahora equivalen en número a *la cuarta parte de los recabados en 1987,* mientras que en el estrato (C), semiurbano y rural, el CDS obtiene votos equivalentes al 50% de los que consiguió hace cuatro años. Espejismo aritmético o reedición en *clave de farsa (recuérdese lo que dice Marx* sobre la repetición de los acontecimientos históricos en «El 18 Brumario de Luis Bonaparte»), lo cierto es que las proporciones de deterioro electoral relativo en cada sub*sistema se asemejan enormemente a las de* la caída letal de UCD en 1982.

EL PSOE pierde apreciablemente «punch» electoral en la España «capitalina», de las clases medias urbanas tradicionales y emergentes, pero aguanta mucho mejor el tirón entre los asalariados industriales y mejora de forma impresionante su penetración en el medio rural y semiurbano

4. Y, hablando de Marx, están los resultados de IU. Se trata, tal como veíamos al considerar los balances agregados, de la fuerza de ámbito nacional que experimenta un crecimiento neto relativo más rotundo: los trescientos sesenta mil votos en que aumenta su cosecha del 87 significan un aumento del 30%. Pero el grueso de su crecimiento tiene lugar en el estrato (C) —desde luego en términos relativos, aunque también en términos absolutos— y, en menor medida (aunque la anterior sobrerrepresentación en ese estrato traduzca ahora su avance absoluto en un descenso relativo de su tasa de participación) también en el estrato (A), el capitalino. Pierde participación y votos en cambio en el estrato (B), el que *representa de modo más genuino los caladeros* tradicionales del PCE, lo que puede estar sugiriendo varias cosas en torno al cambio de referente de este voto, cada vez menos explicado por la matriz de la subcultura *política tradicional del comunismo y más in*ducido por variables de orientación neo-izquierdistas. Con todo, la naturaleza funcional de IU dentro del sistema del poder político local apenas se modifica «directamente» a través del resultado: sigue ostentando posiciones relativas homólogas a las del 87, pese a tener más votos; el que esos votos le sirvan o dejen de servir para conquistar nuevas parcelas de poder tiene, paradójicamente, menos que ver con su fortalecimiento que con el debilitamiento geográficamente localizado de su adversario/complemento, el PSOE. Desde esta perspectiva, el regalo aparente de votos para investiduras que —a la altura en que esto se escribe, antes de la constitución de gobiernos municipales y regionales— constituye el mensaje lanzado a la opinión por los hombres de Anguita parece una forma inteligente de ganar espacio de maniobra futuro, sin desgastarse ahora en la discusión —siempre antiestética— de las parcelas de poder. Pero esa es la harina del costal siguiente.

5. Antes de sumergirnos en él bueno será decir siquiera una palabra acerca de los partidos que este análisis no ha considerado, los de ámbito regional. Su suerte ha sido desigual entre la estabilidad en las (sólidas) posiciones de poder local ya ocupadas, como es el caso de CiU, al ascenso espectacular del PA (que no está lejos de doblar sus votos del 87) o los deterioros de partidos tan distintos como puedan serlo el PAR, EA o HB. Como es sólito, las elecciones locales han dado lugar también a la floración de algunos ejemplares políticos

singulares. Si en la politología anglosajona se habla del *single issue party* (lo que podríamos traducir como partido monotemático) para referirse a aquellas formaciones que nacen con el exclusivo propósito de responder a una demanda muy concreta y específica de ciertos ciudadanos, aquí vamos camino de consagrar como paradigma el *single person party*, es decir, aquel partido que nace con la exclusiva vocación de dar cauce expresivo (y, fatalmente, también instrumental) a las ansias de poder, dinero o *vendetta* de algún personaje de la *jet society*, de la *café society* o, incluso, de la *«Marca society»*. Y así los marbellíes han dado la mayoría absoluta al G.I.L. de Gil y Gil, como antes algunos millares de ciudadanos de todo el país le habían dado un euroescaño a Ruiz-Mateos (y otro a su yerno por exceso de celo). En fin, será que somos muy individualistas: ya dijo hace bastantes años Murillo Ferrol que en España en vez de grupos de presión —como en todas partes— había individuos de presión...

Negociaciones y canciones de amor

Hay, tras estas elecciones, varias incógnitas abiertas. En sí mismas, lo cierto es que las urnas no despejan más que unas pocas interrogantes cuyas respuestas casi estaban ya prefiguradas y como «descontadas» por la gente. La más importante, sin duda, la segunda *«muerte del centro»*, de la que ya hemos dicho algo de pasada. Tema evidentemente de enjundia bastante para no poder ser despachado analíticamente a la ligera, pero —si se me permite un pronóstico sin aportar la argumentación que lo sustenta— tema decidido: en este ciclo político de la post-transición no queda espacio ya para el CDS. La tercera edición de una fuerza de centro habrá —a mi entender— de aguardar a que se cierre este ciclo político-institucional.

A su vez, esa muerte —y mi nula fe en su resurrección— redimensiona la siempre aplazada cuestión de la alternativa política al PSOE. Creo que hoy la cuestión está en saber si el «hueco» político dejado por la retirada de Suárez contribuye más a afianzar a Felipe González en la Moncloa o a abreviar la peregrinación de José María Aznar a ese mismo destino. Y elementos hay en el resultado electoral para sostener lo uno como para afirmar lo otro. El decantamiento final tendrá que ver con el manejo de los arreglos postelectorales tanto como con el sentido de las pérdidas del PSOE y las ganancias del PP en el subsistema urbano.

LA naturaleza funcional de IU dentro del sistema de poder político local apenas se modifica «directamente» a través del resultado: sigue ostentando posiciones relativas homólogas a las del 87, pese a tener más votos

Empezando por este último aspecto, que en sí mismo merece un ensayo de cierta extensión en el que ya estoy trabajando, cabe hacer una «lectura profética» del relativo desplome del PSOE en las ciudades (y a ello darían pie los análisis secuenciales de nuestra historia electoral desde 1986) tanto como una «lectura táctica» (según la cual el electorado urbano «avisaría» al PSOE en estas elecciones de menor calado político). Prospere la interpretación que prospere, lo cierto es que el partido gobernante tiene necesidad de enfrentarse a la situación —para él inédita— de intentar reconquistar lo que en gran parte fue la «silla de montar» de su victoria telúrica de 1982. Pero despejar esa cuestión implica un análisis de las políticas de este país en el último lustro y sus consecuencias sociales, que desborda con mucho las posibilidades de hospitalidad de este artículo.

Por lo que se refiere al manejo de los pactos, la frase (a veces atribuida a Andreotti y a veces a Fanfani, y tan creíble en uno como en otro) de que lo que más desgasta del poder es su carencia, parece el *mot d'ordre* que guía los pasos de las cúpulas partidarias en estos trasiegos postelectorales. Nadie —excepto, con mucha más sagacidad de la que parece, Izquierda Unida— quiere dejar de rebañar lo rebañable y se escuchan mensajes desconcertantes. De cierto catedrático de Económicas (ya fallecido, por lo que omitiré el nombre) contaban sus alumnos que solía explicar en clase la peregrina doctrina de que el esquema marxista era aplicable a economías agrarias de secano pero no a las de regadío. Pues con esto de los pactos viene a suceder lo propio: la lista más votada debe gobernar aunque no sea mayoritaria allá donde su acceso al poder pudiera verse entorpecido por la lista más pactada —en la genial expresión de Máximo— de signo contrario; por el contrario, si uno está en condiciones de propiciar ese arreglo de «lista más pactada», va de suyo que los electores así lo han querido al negar al más votado la mayoría suficiente para hacerse con el poder.

Esto es natural. Lo que sucede es que en esas estrategias de pactos no se juegan lo mismo los dos actores más relevantes de la competición a escala nacional: en esa apuesta arriesga mucho más el PP como *challenger* que el PSOE como *incumbent*. A mi juicio, mientras los méritos y deméritos del PSOE son ya un *dato*, en buena medida los del PP permanecen para muchos como una *incógnita*. De ahí la importancia que puede tener cierto desempeño emblemático, como la alcaldía de Madrid. De ahí la importancia del acierto en los pactos: no culminar ni uno más ni uno menos de los que puedan arrojar un saldo neto de estabilidad institucional. Tal es su riesgo. En una zona que es ya casi del inconsciente colectivo está la asociación entre estabilidad institucional y gobierno socialista y fragilidad política y gobierno de centro-derecha. Para el PP, entrar en pactos con un potencial de inestabilidad consecuente puede resultar demoledor. No estaría de más en esta hora de firmas que —antes de sacar la estilográfica— todos recordaran la advertencia de Paul Simon: «Negotiations and love songs / are often mistaken / for one and the same» *(Train in the distance*, 1981).

En estas cuestiones, como amargamente han aprendido algunos, las confusiones se pagan. Porque, para finalizar, sigue siendo válido aquello que Walter Lippmann escribiera hace cerca de treinta años acerca de las expectativas del pueblo sobre el gobierno: «No hay necesidad mayor para quienes viven en comunidad que la de ser gobernados; auto-gobernados, si ello es posible, bien gobernados si tienen esa suerte, pero, sea como sea, *gobernados...*» *(New York Herald Tribune*, 10 de diciembre de 1963, p. 24; cit. por Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, Londres 1968, p. 2; subrayado no original). ■

José Ignacio Wert es sociólogo y consejero delegado de Demoscopia, S.A.